

PALABRAS PARA MARIANO

Homenaje a Mariano Vega-Luque

Por Fernando Delgado

En una novela en la que trabajo, y que tiene que ver con idas y retornos, he puesto ya una dedicatoria: “A Mariano Vega, que nunca se fue”. La dedicatoria obedece a la sensación que siempre me acompaña de que Mariano está vivo. Por eso me resisto al obituario, a insistir en cualquier despedida y a hablar de él como si de un muerto se tratara. Pero cierto es que hace poco más de un año su muerte nos reunió en esta casa, tan suya y tan nuestra, para hablar tan bien de él como merece. Elsa López, generosa y activa, tuvo la idea una hora después del acto de que todo el amor que rebosaba en aquellas palabras de los amigos de Mariano se reunieran en un libro homenaje. Y aquí estamos hoy, de nuevo, en el Ateneo, con un libro nuestro, hecho entre todos, como pretexto para volver a recordar a Mariano. Es también un homenaje de este Ateneo en el que puso él tantas ilusiones y empeños, de Caja Canarias, donde siempre

encontró apoyos editoriales, que ha sufragado los gastos, y por supuesto de todos los aquí reunidos. Pero sería incompleto el homenaje sin una mínima referencia a su legado, a la obra a la que se entregó con tanta pasión y con la discreción y la sencillez que lo caracterizaba. Y si de esa obra se habla tiene uno que echar en falta *que Un ataúd en la azotea*, estrenada unos días después de que aquí lo homenajeáramos, no se haya visto más allá del Teatro Leal, en otras partes de la isla o de las islas. Su impecable factura, su lenguaje, la imaginación puesta en ella, hasta en la concepción de su montaje, y por supuesto el acierto en la interpretación y la puesta en escena, que tanto le hubieran complacido, merece nuevas reposiciones. Pero cabe esperar ahora una edición de esa obra, junto a la obra primera de Mariano: *Apaga la luz y enciende los sueños*; una obra de la que se creyó mero guionista por las aportaciones ajenas que en ella habían, hasta reconocer al fin que esas aportaciones no rebajaban el valor de su autoría. Dice Anton Chejov: “El intérprete que no añade nada a mi obra, me roba”. La cultura y la vida reclaman esos añadidos que proceden no sólo de hacer nuestro lo que los antiguos buscaron sino en buscar como ellos, tal como Mariano Vega nos recuerda con palabras de Matsuo Basho en una hermosa poética que acompaña su libro *Donde giran las páginas*. En esa posición activa, de búsqueda, de relación, Mariano Vega tiene una disposición muy contemporánea y universal. Pero mi interés por la reposición de *Un ataúd en la azotea* no es

ajeno a la sorpresa que me produjo haber detectado en esa obra una especie de ensayo de su despedida o una clara percepción de su propia muerte que los más próximos no hubiéramos podido imaginar. De todos modos, hiciera lo que hiciera Mariano, ya fuera teatro, narrativa o pintura, incluso breve ensayo o reflexión, todo estaba traspasado por la poesía y por su concepto de ella. Y no en vano he dicho pintura, porque la plástica nunca es ajena a Mariano Vega, sobre todo en su voluntad de relación de la poesía con ella, que tan clara queda especialmente en el citado libro *Donde giran las páginas*. Porque Vega sostiene que la primera percepción de un poema es para él plástica, envuelta en un sesgo o una pincelada que termina en el lienzo de la página con un ritmo visual. Pero abundando en su capacidad para el ensayo, véase esa poética ya aludida, que es en si misma una pieza de creación donde las lindes de la poesía con la filosofía son a veces imprecisas y acaso por eso más expresivas del maridaje de las emociones con el pensamiento y del canto con la meditación.

Ahora bien, volviendo a su poesía, no sé si en todos los casos un poeta persigue a lo largo de su vida un sólo poema, construido con todas las variantes de la experiencia o de las percepciones, sumando todos los fragmentos de sus iluminaciones. No sé si todos los poetas repiten o se repiten en el mismo sentido, fieles a unas obsesiones, abanderados de una particular visión del mundo. Pero suelen ser los poetas meditativos o los más

cercanos a una poesía reflexiva los que abundan en su particular visión del mundo y en la órbita de sus inquietudes por explicarse el mundo. Tal es el caso de Mariano, a mi parecer, en lo que su obra tiene de sosegada indagación de la existencia, de diálogo con el universo. Por eso, al repasar ahora su obra toda, cobra un especial sentido no sólo la singularidad de la voz, que se entrega intensa, pero sin altisonancias, sino la unidad de mundo, la coherencia de visión. Y acaso, de la vinculación del poeta, que como en la mejor poesía trata con lo inefable, con el mundo que le rodea.

Y si ha recurrido nuestro amigo a la cita de Matsuo Basho es, no ya para reafirmar la tradición orientalista de la que tan evidentemente se alimenta, y que asume, sino para situarnos en su modo de entender y vivir la cultura. La cita de Basho dice exactamente: "No sigo el camino de los antiguos,/ busco lo que ellos buscaron". Hay en esas palabras un aliento de contemporaneidad bien entendida que trata de explicar nuestro afán constante de exploración, o al menos el de todo poeta que se tenga por tal, que es en definitiva la explicación de la cultura como relación, a la que Mariano Vega se entrega para proclamar al tiempo la necesidad de nuestra plena consciencia de individuos. La cultura como diálogo, la cultura como intercambio, la herencia cultural como instrumento de debate incesante. O sea: la cultura dinámica. La tradición, en ese sentido, no es puro patrimonio, ni nos incita a repetirla o a repetirnos en la

costumbre, sino que al invitarnos a vivirla nos invita a buscar.

No sé si el hecho de tomar este punto de vista y esta actitud como característicamente insulares puede suponer una simpleza, pero no lo es si recuerdo a Domingo Pérez Minik y admito con él que no hay territorio más arriesgado para la independencia de la criatura humana que una isla. Porque es ese riesgo y la conciencia del límite que el insular posee lo que le hace asumir su individualidad con más provechosa intensidad y su necesidad de relación, es decir, de cultura, con más apasionada vocación de vida. Lo contrario nos llevaría a no contarnos nada, como preocupa a Vega en la poética repetidamente mencionada. O como añade él en ese texto: a percibir la realidad sin añadidos, sin su constante relato.

Y por eso, al volver ahora a su obra, me gratifica verlo en el mismo camino de nuestros antiguos más cercanos, no para seguirlos sino para buscar como ellos. Y en esa línea, Mariano Vega conecta con sus mayores, con nuestros mayores -ese poeta surrealista extraordinario que fue Emeterio Gutiérrez Albelo o el excelente Pedro García Cabrera de la poesía pura, por poner sólo unos ejemplos- no desde una estética determinada, por supuesto, ni por seguir el mismo camino, sino por la coincidencia de búsqueda y su entendimiento de la cultura como relación. En cualquier caso, no sé si situar a Mariano Vega en la vanguardia, con las vanguardias ya muertas, puede

resultar correcto, lo que si sé es que su elección de apertura a otras culturas no occidentales, su relación con esas voces y miradas exóticas, si no conecta estrictamente con la apertura a la cultura de Occidente, sí tiene una estrecha relación con una búsqueda de horizonte abierto y con la elección de la interculturalidad con el mismo gusto de contemporáneos tan notables como Octavio Paz.